

¿Se puede seguir siendo socialista ?

Touraine, Alain

La descomposición de los regímenes comunistas marca el fin no sólo de un modelo político sino, más ampliamente, de una representación revolucionaria de la historia y la sociedad, sobre la cual se construyó gran parte de la izquierda, aun fuera del socialismo real. ¿La caída de esta concepción del mundo marca el fin de los grandes enfrentamientos ideológicos y políticos y, en ese sentido, el fin de la historia, o acaso vemos ya manifestarse nuevos debates ideológicos y nuevos combates sociales que exigen la reconstrucción tanto de la izquierda como de la derecha?

En otros términos, ¿existe una única salida para los cambios actuales, la salida liberal, más o menos completada por programas públicos de redistribución a través del impuesto y la seguridad social, o la oposición de la derecha y de la izquierda puede adquirir un nuevo sentido?

Lo que se desploma ante nuestros ojos es la identificación de las luchas sociales con el progreso histórico, la fusión de las reivindicaciones, sobre todo obreras, con políticas de modernización económica, en síntesis, la identificación de movimiento social con la toma del poder del Estado, que define la idea de revolución y que asigna un papel dirigente a la vanguardia revolucionaria.

Actualmente surge la tentación de meter todo en la misma bolsa y decir que la idea de movimiento social debe ser eliminada con la de revolución. El rechazo violento del voluntarismo revolucionario, padre del despotismo totalitario, orienta en primer lugar hacia el liberalismo que elimina todo voluntarismo y organiza solamente las demandas y el mercado. De allí el retorno del pensamiento liberal, aun donde había sido dejado de lado o despreciado mientras triunfaba la idea revolucionaria. ¿Pero es necesario recomenzar desde el principio?

Es cierto que en Europa del Este muchos quieren ante todo construir una economía de mercado, y que en Europa occidental, sea en el país de Mitterrand o el de Thatcher, el de González o el de Kohl, no se habla sino de competencia internacional y del papel motor de las grandes empresas, mientras el Estado pone medidas de inspiración socialdemócrata al servicio de una política globalmente liberal.

Los Límites

Pero este triunfo del liberalismo tiene dos límites. En primer lugar, sólo una parte de la población - muy variable según el país - participa en esa economía mundial. Un cuarto o un tercio de la de los países de Europa occidental y de Norteamérica está encerrada en la marginalidad en la cual viven las dos terceras partes o las tres cuartas partes de la población del Tercer Mundo. El dualismo se instala prácticamente en todas partes, salvo donde el Estado mantiene una fuerte política de redistribución, como en los países escandinavos. Lo cual abre un debate propiamente político sobre la administración del cambio.

El segundo límite que se le plantea al modelo liberal que se cree triunfante es la formación de nuevos movimientos sociales. La opinión pública defiende ardientemente los derechos humanos, y esa defensa adquiere toda su fuerza cuando se ejerce contra el poder de las grandes organizaciones, cuando defiende al enfermo frente a la industria hospitalaria o al niño frente a la televisión o a la explotación espectacular de necesidades comerciales.

Esta defensa de los derechos humanos, de libertad, de esa voluntad de cada individuo de administrar libremente su vida individual, no puede, en absoluto, ser integrada al voluntarismo o al nacionalismo de los estados modernizadores. Los antiguos movimientos sociales se resistían a una dominación económica apelando a la historia y sus leyes naturales; los nuevos se resisten a una dominación más política e ideológica por la apelación a la moral que hace renacer la gran idea del derecho natural. Movimientos populares y Estado durante mucho tiempo fueron atados juntos al carro del progreso; hoy se oponen entre sí como lo demuestra la fuerza creciente del ecologismo político.

Es por eso que la alianza de los movimientos sociales con la revolución debe ser reemplazada por su alianza con la democracia. La economía de mercado se impone no como único modelo de gestión económica posible - lo cual no corresponde a la realidad de países donde el Estado y la seguridad social administran la mitad de los ingresos nacionales - sino como la única defensa inexpugnable de la sociedad civil contra el Estado, su aparato burocrático y su ideología autoritaria.

Esta mutación de la izquierda, su desplazamiento de la economía hacia la ética, de la revolución hacia la democracia, del Estado hacia los movimientos sociales, de la vanguardia hacia los movimientos de base, se realiza con dificultad. En los países del Este tropieza con dificultades tanto más grandes cuanto más profunda es la cri-

sis económica. Pero es por lo menos arriesgado proclamar con Fukuyama que la historia ha terminado y se ha acabado con el triunfo del modelo liberal considerado como único acorde con la naturaleza de las cosas.

El rechazo del régimen comunista conduce, en primer lugar, hacia el liberalismo y esta tendencia es la más visible actualmente. Pero es posible prever también la asociación de nuevos movimientos sociales de inspiración moral y cultural con una política neosocialdemócrata de lucha contra desigualdades reforzadas por la competencia internacional y la aceleración de los cambios técnicos y económicos.

Los países del Este pueden ejercer una presión irresistible en favor del modelo liberal, pueden también retroceder hacia luchas nacionales reavivadas por el debilitamiento del gendarme soviético y pueden, por último, dar nueva vida a políticas de inspiración socialdemócrata. En Occidente, la fuerza de Alemania se debe tanto al vigor de sus exportaciones cuanto a su avance en la transformación política y social. Gran Bretaña y Francia, en cambio, siguen empantanadas en la difícil liquidación de la protoindustria y de las formas de acción social y política que correspondían a ella. La izquierda, en estos dos países, se ha vuelto silenciosa, cuando no nostálgica, o se limita a defender los intereses corporativos de los trabajadores del Estado dentro de un modelo liberal:

No podemos ser simples espectadores de la caída de los regímenes comunistas del otro lado de la Cortina de Hierro. Esa caída afecta directamente nuestra propia vida política. De hecho, la crisis de representación y de participación política, la formación de nuevos partidos, el debilitamiento de los sindicatos, el éxito de las campañas humanitarias son signos de la distancia actual entre nuevas demandas sociales y una oferta política de tipo tradicional.

Tanto la izquierda como la derecha deben ser reconstruidas, lo cual implica luchas entre la dirigencia, mucho menos ridículas de lo que parece, y exige sobre todo la elaboración intelectual y práctica de debates y conflictos sociales nuevos. En un momento en el que se nos anuncia una vez más el fin de la historia y la identificación de lo que era uno de los bandos con la verdad universal, debemos saber reavivar debates teóricos y prácticos demasiado tiempo aplastados por el cadáver del modelo revolucionario.

Brecha, Montevideo, 6/4/90. Traducción de Josefina Tapia.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 108 Julio-Agosto de 1990, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.